

# La crónica y el viaje: Enrique Gómez Carrillo

---

183

*Beatriz Colombi*  
*Universidad de Buenos Aires*

Al leer los sonetos "japoneses" de Julián Del Casal, "Divagación" de Darío, la poesía de Amado Nervo marcada por su descubrimiento del budismo, al recordar los lánguidos camellos de Valencia, los cuentos orientales de Lugones, los haiku de José Juan Tablada, "Las clepsidras" de Herrera y Reissig, siempre me he preguntado qué fascinación ejerció en los modernistas la percepción de lo otro. ¿Qué fue lo exótico para los modernistas?, o mejor, ¿qué representaciones de lo otro recibieron y produjeron? ¿Qué necesidades, carencias o compensaciones encontraron en la construcción de este imaginario? ¿qué relaciones de horizontalidad e identificación con otras culturas?

Un lugar de aproximación válido para analizar algunas de estas cuestiones es la crónica de viaje, como texto modelizador de identidades, sujetos, mundos y modos de representación en el contexto de la cultura moderna latinoamericana. La crónica de viaje tuvo una gran demanda y ocupó un lugar de privilegio en los periódicos del 900, configurando una columna de cultura y opinión constante; muchas de estas crónicas eran recopiladas y publicadas, casi de inmediato, en forma de libro. De este modo, aunque sujeto a lo efímero de la

circulación periodística, el viaje trascendía el espacio y el tiempo de la columna, para reclamar otro circuito, otros lectores y otra permanencia

Dentro de este marco, Enrique Gómez Carrillo aparece como una figura insoslayable. Como el viajero y cronista más reconocido de la época, su producción, que abarca la traducción, la crítica literaria y artística, la crónica de actualidad, la corresponsalia de guerra, el libro de viaje, tuvo una amplia recepción entre los lectores hispanoamericanos. Si bien la crítica ha reconocido tanto la calidad de su prosa así como la gran popularidad que tuvo en su época, la actitud hacia su estudio ha sido más bien cauta.<sup>1</sup> Seguramente en esta tendencia ha pesado el juicio de sus contemporáneos, en general crítico y despectivo hacia el "personaje" que construyó de sí mismo el cronista. Manuel Ugarte, para citar una de estas voces, lo llama "bulevardero postizo", vanidoso, renegado de lo americano, pero también dice: "A pesar de la ausencia de convicciones, a pesar de la falta de apego a nuestra América, a pesar de la zona frívola en que él mismo quiso encasillarse, escribió páginas dignas de perdurar como modelo de elegancia" y más adelante: "Resultó, sin embargo, inconscientemente, un gran servidor de su tierra y de su raza, porque se transformó en puerto libre, a través del cual entraron y salieron muchas cosas."<sup>2</sup> Fabulador, frívolo, aventurero, bohemio, propagandista de la dictadura de Estrada Cabrera, detractor de Darío, francófilo; la figura de Gómez Carrillo, controvertida, contradictoria, aparece secuestrada por esta fama poco atractiva. Siguiendo la metáfora de Ugarte, proponemos volver a ese "puerto libre" que fue su escritura, por donde transitaron tantas visiones de las culturas fin de siglo, e intentar nuevas lecturas.

## 1. Un libro y un viaje: *El Japón heroico y galante*

En 1905, el éxito de las crónicas que Gómez Carrillo escribe sobre Rusia, más los informes que recorren las redacciones periodísticas sobre el nuevo Japón, país que está en boca de los círculos políticos e intelectuales, le sugieren la idea de emprender un viaje al extremo oriente. Si tanto interés habían despertado sus impresiones sobre Rusia, el país vencido en la confrontación ruso-japonesa, no sería menor la

adhesión del público por un panorama sobre el país vencedor. Japón había dejado atónitos a los imperios de occidente, acostumbrados, en los últimos años, a legitimar la política de avasallamiento sobre los territorios y pueblos de oriente; el caso japonés merecía observación, despertaba la curiosidad del público y resultaba asunto de interés para los diarios.<sup>3</sup> Carrillo emprende el viaje con el auspicio de "El Liberal" de Madrid y de "La Nación" de Buenos Aires. Las crónicas, publicadas en 1905, son luego seleccionadas y reunidas en *El Japón heroico y galante* que Carrillo publica en 1912.<sup>4</sup>

En el momento de su visita, el Japón atravesaba por un paroxismo de exaltación patriótica por la victoria en la guerra, frente al cual el cronista no puede permanecer indiferente. No obstante, construye en estas crónicas una imagen del Japón donde prevalece la exaltación del viejo orden, el Yamato, -contenido en los calificativos del título, "heroico" y "galante"- frente al nuevo orden Meiji, que había impulsado la modernización y occidentalización de Japón a partir de 1868 y el naciente imperialismo.

185

## 2. La escritura y el viaje

El viaje garantiza la movilidad del sujeto que escribe y favorece una posición privilegiada por la mirada estética de entresiglos: la impresión del instante. La captación del momento fugaz era el canon que Anatole France, gran maestro de la crítica literaria para los modernistas, había impuesto. El buen crítico, decía Anatole France, es el que sabe contar "las aventuras de su alma en medio de las obras maestras" y la crítica, como la filosofía y la historia, "es una especie de novela, para el uso de espíritus sagaces y curiosos".<sup>5</sup> Gómez Carrillo, discípulo de esta preceptiva de la subjetividad, parafraseaba, por no decir traducía literalmente, las palabras del maestro: "Sí, esa es la crítica moderna: referir nuestras sensaciones en forma artística y hacer de nuestras impresiones una especie de novela para el uso de los espíritus avisados, finos, curiosos".<sup>6</sup> La fórmula de la crítica impresionista se potencia en la situación del viaje, ya que el sujeto no se mueve ya en torno a las obras maestras, sino alrededor de espacios y culturas que se vuelven el gran

museo de su observación. La doctrina de France prescribe un modo de mirar y de vivir el objeto que Carrillo aplicará en sus "impresiones de viaje", priorizando la función poética - la "forma artística", el llamado "arte" de su prosa- y conativa -el apelo a sus lectores, "los espíritus avisados, finos, curiosos "

186

Pero la escritura de viaje no es para Gómez Carrillo tan sólo la colección de impresiones subjetivas, la suma de los efectos del país sobre el alma del narrador, como lo es en Loti, uno de los modelos de su aprendizaje de viajero.<sup>7</sup> A diferencia de Loti, Gómez Carrillo combina la actitud impresionista con una curiosidad bibliográfica desbordante, que se manifiesta en su constante confrontar de impresiones personales con textos, documentos y representaciones del objeto contemplado. Además, lejos de rotular y simplificar las sensaciones como Loti, bajo palabras-comodin como "extraño", "raro", "original" o "pintoresco", Carrillo busca la palabra justa, el juicio atinado, la elegancia de la expresión, en el archivo propio o ajeno. No intenta, como Loti, fundirse ficticiamente con el otro; el narrador de Gómez Carrillo prefiere la distancia, que renueva el encanto y acicatea la curiosidad

En un artículo titulado "La psicología del viaje".<sup>8</sup> Gómez Carrillo elabora un vademécum de convenciones respecto al género, no todas seguidas al pie de la letra por el autor. Dice Carrillo: "Para darse una cuenta de los sentimientos que animan a un pueblo, tal vez más que un viaje de un año sirve un año de estudio". Según este precepto, la lectura supera así en ventajas a la vivencia: por eso Gómez Carrillo introduce citas, discute otros viajeros, desmiente o concuerda con autoridades. No obstante, su viaje no es un viaje decadentista como el del duque des Esseintes, sino real, donde tanto sirven los sentidos, como la biblioteca que se lleva a cuesta. Discute a la "entrevista" como método apropiado, dice que el enqueteur, consigue muchos detalles pero poca alma, y en el mismo texto agrega: "Por mi parte, yo no busco nunca en los libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más pintoresco, más poético y más positivo: la sensación". Carrillo insiste en hacer de la frivolidad su poética, pero también su frivolidad es postiza: declara no buscar el alma de las ciudades y titula muchos de sus libros de viaje con la palabra "alma"; se

cree leve, pero adopta las actitudes de un erudito que revisa fragmentos, acopla, reescribe y descarta. Confía en su biblioteca más que en su valija, pero el cuerpo del cronista aparece siempre atravesado por la vivencia: la cadencia del tren, el contacto sensual con las cortesanas japonesas, el polvo de Tokio, las alturas de Nikko; abierto a la irrupción de lo otro, pero también acotado a una cierta impenetrabilidad, como prolongando el placer de sentir lo diferente.

### 3. Viajar, contar

187

El libro se abre con una crónica de Tokio. La escritura reproduce la visualización fragmentada que se tiene desde una ventanilla de tren a través de puntos suspensivos que separan un cuadro de otro: "Tokio. La estación de Shimbashi. Los primeros árboles metropolitanos...". El desplazamiento en el espacio acompaña al desplazamiento en el sintagma; el viaje pauta la escritura y el sujeto crea la ilusión de escribir en tanto viaja, un fuerte tópico del género. Esta ilusión se afirma en marcas que remiten a esta situación, así dice el cronista: "Aquí, en mi coche...".

Segalen dice que en el mundo hay viajeros natos, los "éxotas", aquellos que experimentan la embriaguez ante su objeto.<sup>9</sup> La embriaguez y el sobresalto ante lo otro, se desprende de los ritmos, de las palabras, de los silencios y puntos suspensivos, de la adjetivación profusa que intenta rodear al objeto y traerlo próximo a los ojos del lector. En Gómez Carrillo, esta "embriaguez" se conjuga con la búsqueda de una lengua que responda a un canon de elegancia, de flexibilidad, a una cadencia moderna, una lengua llena de dispositivos para atrapar y producir nuevos lectores y nuevas representaciones.

De inmediato, el texto abre uno de los mecanismos que lo estructuran: la comparación: más que, menos que, no como. La comparación permite la confrontación de lo otro, con el mundo de lo conocido, y ese mundo es, de modo privilegiado, Europa. La primera comparación es con los "tranvías madrileños", quizás una marca en la escritura para sus receptores de "El Liberal". En cuanto a América,

apenas es aludida: sólo al final de esta crónica, dirá que las muchachas de pueblo japonesas, por oposición a las musmés aristocráticas: "son de color de bronce, lo mismo que las indias de América". La retórica de la comparación tiene también otra inflexión. Gómez Carrillo alterna el reporte proveniente de la observación y la vivencia, con un saber variado, proveniente de diversas construcciones de Japón: estampas, libros, álbumes, pinturas, que le permite descartar tanto el "Japón americanizado" como el "Japón feudal" que éstas prefiguran.

188

En la segunda crónica, Gómez Carrillo parece haber seguido la recomendación de Segalén: "Estudiar cada uno de los sentidos en sus relaciones con el exotismo: la vista, los cielos. El oído: músicas exóticas. Sobre todo el olfato. Nulo el gusto y el tacto. El exotismo sexual."<sup>10</sup> La conjunción erotismo-exotismo es casi un topoi obligado en el relato de viaje a Oriente: el ingreso a Oriente, siempre supone, en las crónicas de los distintos viajeros, un primer encuentro con la mujer como metáfora de la conquista de lo otro. Carrillo se hace cargo de esta tradición discursiva, así en Yosiwara, el narrador describe el encuentro erótico con una cortesana, una oirán. La conjunción erótico-exótico queda establecida desde un comienzo, de modo de no defraudar la expectativa del lector, pero es también transformada. Lo que moviliza el deseo no es la posesión sino el saber: "¡Oh! ¡las dificultades infinitas para poder, al fin, estrechar entre nuestros brazos más curiosos que ardientes, a la muñeca que escogimos en el escaparate de laca!" (p.22). Más curiosidad que ardor: el encuentro con lo otro estará marcado por esta elección, donde la curiosidad triunfa sobre la voluptuosidad. No obstante, la mujer oriental no es relegada al objeto de uso, percepción o pasaje, como la palabra "muñeca" de la cita parece indicar; más bien, es un pase irónico del cronista respecto a las representaciones standard de la mujer oriental como puede encontrarse en los textos de Loti, en Mdme. Crisantemo, por ejemplo. La mujer es en la obra de Carrillo un tema casi imprescindible, y seguramente un fuerte ingrediente para convocatoria de sus lectoras. Gómez Carrillo discute las representaciones de Loti o Lowel, que hacen de las cortesanas "juguetes de carne", o las pinturas de Utamaro y Kuny, que las retratan como íconos inmóviles. No intentará reducir las paradojas que la cultura observada le ofrece, sino

que, por el contrario, se valdrá de ellas para valorizar la diferencia, así las cortesanas de las casas de té pueden ser tan honorables como lujuriosas

Dentro de la tónica del viaje, es decir, del dispositivo de formas y contenidos que se reiteran en el género, una de las más típicas en el fin de siglo es la "tónica del alma", por la cual se espera que el relato de viaje dé cuenta de las peculiaridades de los pueblos. Así, en el libro de Gómez Carrillo, el heroísmo se constituye en pilar del alma japonesa, y es quizás el rasgo nacional que el cronista describe con mayor detenimiento. El fuerte sentimiento nacionalista, reavivado con el triunfo sobre Rusia y la política oficial, se desliza en las apreciaciones de Gómez Carrillo que no puede permanecer impávido al triunfalismo de la victoria. No obstante, elide la mención del presente. Las crónicas sobre el heroísmo, la caballería, el "morir en belleza", el harakiri, los sables, el código de honor, hacen un uso profuso del pasado, de las leyendas, del viejo orden o Yamato. Las menciones al presente son escasas o tangenciales: cada tanto aparecen los soldados que vuelven de la guerra, o la mención a la batalla de Tushima, que define la derrota naval de Rusia frente a Japón en 1905. Las historias heroicas del pasado prefiguran el presente; el cronista se aparta en este punto de las visiones de Kipling, que describe a los japoneses como "hombrecillos", "personajillos"<sup>11</sup>, o de Loti que habla de "los japoneses débiles y degenerados de esta época", según transcribe Gómez Carrillo. El cronista contradice estos juicios: "El Japón estaba leyendo sus viejas historias heroicas y Europa creía que estaba estudiando libros nuevos". En este punto, como en otros, se produce un desliz en el pretendido "eurocentrismo" del sujeto, presto a ocupar otros lugares de identidad.

Frente a la cultura otra, el cronista se pregunta: ¿cómo traducir? ¿cómo encontrar equivalentes en la cultura occidental?. En la crónica referida a la poesía japonesa, una de las más logradas y sutiles de este conjunto, donde Gómez Carrillo despliega sus virtudes de crítico literario, reconoce su incapacidad para traducir los significados: "Leamos pues en japonés, si queremos saborear su arte poético." Dice Gómez Carrillo: "nadie toca las formas sagradas del verso", las tankas, haikais, nagantas (p. 107), poemas epigramas sin rima y de ritmo imperceptible;

la poesía japonesa trabaja sólo las ideas, provocándolas más que expresándolas, y Gómez Carrillo encuentra en esta poética resonancias mallarmeanas. Esta crónica revela, además de una inquietud particular por captar otra poética, un precoz interés por el haikai, que tendrá peso en los modernistas y en posteriores experimentaciones poéticas en Hispanoamérica

190

El nosotros que se configura en estas crónicas, es un nosotros occidental: "Para los que venimos de Occidente . . .", demarcando constantemente esta identidad<sup>12</sup>. Para occidente, compara, coteja, traduce. No obstante las operaciones frente a lo otro, a lo desconocido, como hemos visto, no son de reducción, sino de aceptación de la diferencia. El que observa, antes que reducir el lugar del otro, reduce el suyo propio y dice: "nosotros, frívolos viajeros" (p. 148).

Si uno espera encontrar en el libro de Gómez Carrillo una mirada cliché de oriente, una contemplación ingenua como la de Loti, o cargada de intenciones como la de Kipling, esta expectativa es ampliamente defraudada. El cronista recorre su espacio con mirada crítica de todas las versiones, europeas u orientales. La comparación, como estrategia casi indispensable del texto, le permite señalar el artificio y la falsedad de occidente, actitud en la que sigue a muchos viajeros europeos, y que se puede pensar como una marca de estas lecturas en el texto de Carrillo. No obstante, esta marca se resignifica si pensamos el lugar de procedencia del emisor -por más francés que se sintiese, se sabía tan meteco como Darío-, y el espacio de circulación de la crónica, diarios de España e Hispanoamérica, zonas relegadas de la modernidad. Su escritura es, en este sentido, más libre, desprendida de la "territorialidad" de la que habla Edward Said<sup>13</sup>, de una posesión o perspectiva de posesión que dirige la pupila del observador inglés o francés. Gómez Carrillo no suprime ni oculta aquello que puede perturbar la sensibilidad victoriana europea o pacata hispanoamericana: la lujuria, el suicidio, el peso de la tradición, la poesía rígidamente pautada. Todos los rasgos que a un ojo occidental puedan parecer paradojas o incongruencias, quedan expuestos. La mirada del cronista capta el sistema de comportamientos y de creencias en la legalidad que ellas mismas establecen por la tradición que las sustenta; en este punto manifiesta una apertura ideológica

superior que la de sus modelos europeos. La representación de Carrillo lejos de reducir, codificar, clasificar, delimitar su objeto, lo expande y traduce en un nuevo canon lingüístico que construye la crónica de viaje, que es también portadora de una nueva sensibilidad. Si el nosotros en el que se apoya el sujeto es Europa, este nosotros es muchas veces colocado fuera, cuestionado, apelado.

Darío observó, creo que con justicia, que Carrillo tenía una personalidad proteica, lo que le permitía ser madrileño en Madrid, argentino en Buenos Aires y parisiense en París.<sup>14</sup> La escritura de viaje de Gómez Carrillo, migrante y "éxota" de su tiempo, está saturada de representaciones que configuraron nuestro imaginario. Por eso, merece ser, una vez más, visitada.

191

## Notas

- <sup>1</sup> Véase Bastos, María Luisa. "La crónica modernista de Enrique Gómez Carrillo o la función de la trivialidad", en *Sur*, 350-351 (1982).
- <sup>2</sup> Ugarte, Manuel. *La dramática intimidad de una generación*, Madrid: Prensa Española, 1951, pp. 101 a 110.
- <sup>3</sup> Véase Torres, Edelberto. Enrique Gómez Carrillo. *El cronista errante*, Guatemala: Librería Escolar, 1956, p. 175.
- <sup>4</sup> Gómez Carrillo, Enrique. *El Japón heroico y galante*, Bogotá: La Oveja Negra, 1985. Se citará por esta edición.
- <sup>5</sup> Véase France, Anatole. *La Vie Litteraire*. Première Serie, París: Calman-Lévy Editeurs, 1893, pág. III.
- <sup>6</sup> Citado por Edelberto Torres, ob. cit., p. 96.
- <sup>7</sup> Dice Pierre Loti en el prólogo a *Madama Crisantemo*, Barcelona: Editorial Cervantes, 1931: "Por más que el papel principal sea, aparentemente, el de madama Crisantemo, lo más cierto es que los principales personajes somos Yo, el Japón y el Efecto que este país me ha producido"; otro modelo de prestigio para Gómez Carrillo es Paul Bourget.
- <sup>8</sup> Citado por Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México: FCE, 1954, p. 395.

<sup>7</sup> Segalen, Víctor **Ensayo sobre el exotismo** México: FCE 1989

<sup>10</sup> Segalen, ibi cit. en carta octubre de 1904 "a la vista de Java" p. 13

<sup>11</sup> Kipling, Rudyard **Viaje al Japón**, Barcelona: Laertes 1988

<sup>12</sup> Kipling escribe sus crónicas sobre el Japón para los ingleses residentes en la India, que se constituye en su término de comparación; los japoneses son como "nuestros nativos"; los soldados japoneses como los gurkas, el Fujiyama como el Himalaya; es notable que en el universo de Kipling, la comparación sólo pueda establecerse de Oriente a Oriente

<sup>13</sup> Véase Said, Edward **Orientalismo** Madrid: Libertarias, 1990

192

<sup>14</sup> En el prólogo a Gómez Carrillo, Enrique **De Marsella a Tokio. Sensaciones de Egipto, la India, China y el Japón** Prólogo de Rubén Darío París, Garnier, 1906